

La Pobreza, el Gran Desafío del Siglo XXI

Conferencia Magistral, 15 de agosto, 2003

GUSTAVO GUTIÉRREZ-MERINO DÍAS*

Agradezco a todos los amigos miembros del Colegio Médico del Perú que están aquí esta noche, y agradezco también la invitación de la que he sido objeto para compartir algunas reflexiones sobre un problema que indudablemente nos incumbe a todos, y me es particularmente grato estar acá ya que, por cuestiones de historia personal, la profesión médica me es particularmente cercana y querida.

El tema que nos ha sido propuesto, como el Dr. Wagner lo acaba de recordar es el de la pobreza como desafío-hoy-para nosotros. Quisiera comenzar con algo, diría positivo en este tiempo y ese algo es que, en el momento actual, la conciencia sobre la condición que llamamos la pobreza ha crecido enormemente respecto a décadas pasadas. Con esto quiero decir que hoy, esta situación inhumana que es la pobreza, es tema de estudios y tema de preocupación, Nuestra propia reunión esta noche lo prueba. No era así hace algunos años, salvo para ciertos especialistas. Al mismo tiempo, sin embargo, y desgraciadamente claro, la situación de pobreza en la que vive más de la mitad de la humanidad y más claramente de la población de nuestro país y tal vez más, porque los cálculos para hablar de porcentajes dependen del criterio que se tome, pues bien esa pobreza, desgraciadamente decía, se ha acrecentado y la distancia entre sectores sociales y económicos en la humanidad se ha agrandado cada vez más. Los informes del Programa de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas son muy claros al respecto, como lo son también los informes del Banco Mundial. Hace unos 4 años, uno de esos informes decía que el 20% de la población más adinerada, con mayores recursos económicos del planeta tenía 74 veces más recursos que el 20% más pobre y eso ha ido aumentando. Años antes era alrededor de

60 veces más, y años atrás todavía menos y es por eso que digo que la brecha ha crecido. Tal vez sea oportuno en este momento precisar las cosas un poco mejor desde el punto de vista del que me ha sido pedido y que está en mis manos, en el sentido de que es el terreno en el que me he movido siempre, el sentido de lo que entendemos por pobreza, porque la palabra pobreza indudablemente evoca, y con razón, muy rápidamente, la dimensión económica de la pobreza, pero la pobreza es mucho más que eso, es mucho más que el aspecto económico; incluso las cifras que he dado hace un momento y tantas otras que Uds. conocen muy bien, insisten en este aspecto económico que indiscutiblemente es sumamente relevante, pero la pobreza, decía, es más que eso.

La pobreza es una situación de insignificancia social, de no tener peso ninguno en la sociedad, de estar postergados, excluidos. Se dice mucho hoy día, que eso es ser pobre y se es insignificante socialmente hablando por diferentes razones. Por razones de orden económico, claro está, pero también por razones del color de la piel. Un poeta francés decía, no hay nada más profundo en el ser humano que la piel y algo de eso hay. Se es insignificante socialmente también por razones de orden cultural, por pertenecer a una cultura considerada inferior, se emplee o no el término, pero así se vive en la realidad; y se es también insignificante muchas veces por la condición femenina, por ser mujer. Se ha hablado mucho y con toda razón de la feminización de la pobreza, y cuando más adelante, en los minutos que tengo para estas reflexiones, hable de la pobreza, me referiré a este hecho complejo, que tiene grandes dimensiones que se entrelazan entre ellas. Yo las he enumerado, pero no va cada una por cuerda separada, no, están yuxtapuestas, se implican mutuamente y hasta desgraciadamente se alimentan entre ellas. Vivimos en un país, nosotros, quiero terminar con un punto, hablando más o menos de la situación de pobreza, vivimos en un país de colosa-

* Sacerdote dominico
Premio Príncipe de Asturias 2003



les desencuentros históricos, un país de personas muy distintas, y pertenecemos, incluso por tradiciones históricas, a pueblos diferentes. Naturalmente nuestra convivencia ya de siglos juntos, ha establecido muchos puentes, ha mezclado, ha hecho mestiza no solamente el aspecto físico de las personas, sino también naturalmente la cultura. Aún así, si uno mira un poco nuestro país, y lo hemos visto en estos últimos años con mucha claridad, podemos decir que somos personas con marcas propias, no solamente obviamente las personales, sino las que forman parte de etnias, de culturas, de sectores sociales, pero además de estos desencuentros y de encuentros, naturalmente también, además de ello, tenemos grandes desigualdades sociales, somos distantes también y distintos. Las personas buscamos sin embargo una manera de vivir y de convivir socialmente, respetando los derechos de cada persona, naturalmente en primer lugar el derecho primero, que es el que derecho a la vida y luego todo lo que sigue de allí, como el derecho a la libertad, entre otros.

Bartolomé de las Casas, ese misionero dominico del Siglo XVI que no llegó al Perú, pero escribió algunas reflexiones en sus tres últimos libros sobre el Perú, tiene un texto en el que habla literalmente, no de la idea solamente, sino literalmente de Derechos Humanos de los Indios. Siempre pensamos que esa fórmula, de los derechos del hombre viene más bien de finales del siglo XVIII en Francia, pero casi dos siglos antes De las Casas, en verdad, emplea la expresión y lo hace a partir de la población autóctona de este país y no sólo de ellos, sino también de aquellos que habían sido forzados a entrar en la historia de este Continente, me refiero a los africanos y también por cierto a los europeos, presentes ya hacia la mitad del siglo XVI en un número pasablemente importante. Nosotros, como peruanos, tenemos que comprender la pobreza también dentro de lo que acabo de llamar desencuentros históricos y desigualdades sociales, dentro de lo que nos separa, que distinga a veces simplemente, pero también de aquello que nos hace ser distantes entre nosotros.

Permítanme pasar a un segundo punto de estas breves reflexiones. Juan Pablo II decía hace muy poco en uno de sus textos importantes que lanza siempre al comienzo del año, un primero de enero decía que en el siglo que comenzaba, el gran reto, era el reto de la pobreza. Quisiera decir, porque me parece, y en realidad es un comentario a esta afirmación de Juan Pablo II, que se ha ocupado muchas veces del tema de la pobreza, que esta situación de pobreza aparece como un asunto que es una interpelación, un desafío a la conciencia humana, y a la conciencia cristiana. En primer lugar me parece que eso se debe a que la situación de pobreza, y les pido tener en cuenta la complejidad de esa situación que mencioné hace un momento, sus diferentes dimensiones, algo que en realidad vie-

ne de la Biblia, porque el pobre en la Biblia no es solamente el pobre económico, lo son también los enfermos graves, las mujeres, aquellos que son postergados en la sociedad. Hoy las Agencias Internacionales han insistido mucho, como la O.I.T., que tiene pocos años, en esta complejidad y la llaman con toda razón multidimensionalidad de la pobreza. Quisiera tener en cuenta esta complejidad o multidimensionalidad, para decir que se trata de un hecho global, de un hecho humano. Quiero decir con esto, que no se limita al campo de lo social o de lo económico. Comprendo muy bien que el término pobre y el de pobreza nos inviten a pensar rápidamente en lo social y en lo económico, pero trato de decir que el asunto es mucho más serio. Voy a decirlo con expresiones de los Obispos latinoamericanos en Medellín del año 1968, en Puebla, año 1979, mencionados hace un momento por el Dr. Wagner. Allí, en esos textos se dice que la pobreza que se vive en América Latina es inhumana y antievangélica. Ustedes ven que las expresiones usadas en esos textos a los que acabo de aludir, no son sencillas. La verdad va muy al fondo, no es un problema más, es un problema de una parte enorme de nuestra población y por consiguiente es una interpelación global. Con global quiero decir no sólo social o económica, es una interpelación humana. Esta situación es inhumana, y desde un punto de vista cristiano y bíblico, algo no querido por Dios; la pobreza no es deseada por Dios, puesto que la pobreza es en última instancia muerte, muerte temprana y muerte injusta. Para citar nuevamente a Bartolomé de las Casas, él decía muy al comienzo de su obra, de su testimonio, de su compromiso con los indios de este continente, decía: *los indios mueren antes de tiempo*, bueno eso sigue siendo cierto hoy para los pobres de América Latina; morir antes de tiempo, quiere decir morir por razones que en otras circunstancias, con otros recursos y otros medios pues no ocurriría. Mueren entonces prematuramente y mueren también injustamente. No hablo de la muerte como un hecho humano normal, hablo de lo que conocemos tanto en nuestro país, y en verdad desgraciadamente no sólo en el país, en el continente y por cierto más allá de él también. Decía, la pobreza es en última instancia muerte, muerte temprana y muerte injusta, Y cuando digo eso, no digo que no sea un problema de orden social, también lo es, lo que trato de decir, es tratar de poner esto en ese telón de fondo que es esta inhumanidad de una condición absolutamente indeseable, que ningún ser humano y ningún cristiano puede aceptar. Estoy hablando de la pobreza como una situación contraria a la dignidad de la persona humana. Habrá matices, ciertamente. Podemos emplear ciertos términos para marcar esos matices, pero en este momento me refiero a lo que vemos cotidianamente, aunque a veces no queremos verlo. Es un poco curioso lo que pasa con esta situación de pobreza, de

marginación, y que fácilmente no es vista a pesar de la abundancia de quienes padecen esa situación. Yo creo que sucede aquello que le escuchaba a un amigo hace muchos años, decía él bromeando: *que bien estaríamos sino fuera por la realidad*, bueno yo creo que hay algo de eso, porque la realidad está allí, grita, nos interpela y naturalmente si la sacamos de la escena, pues entonces no tenemos problema. La pobreza va hasta allí, y se nos escapa como si no estuviera allí.

Permítanme volver a una perspectiva cristiana, me parece que nosotros como cristianos, debemos ser testigos de la vida. Decía Pablo: *sin la resurrección, si Cristo no hubiera resucitado, nuestra fe sería vana*. Somos testigos de la vida y no solamente testigos de una vida diferente a ésta, de una vida puramente espiritual o del más allá, sino de la vida total, que por supuesto comprende ese más allá. Para un cristiano la vida humana, la existencia humana no se agota en nuestra historia. Ser cristiano es pensar que la última palabra de la existencia humana, y de la historia humana, no es la muerte, sino la vida y por consiguiente, en forma muy simple, si la pobreza es muerte, la pobreza es una interpelación a quienes tienen que dar un testimonio de vida, además de vida global. Aquí, tal vez podría pensarse que confundo los campos, mas yo creo que no confundo los niveles de las dimensiones, sino que en este momento me parece que es bueno recordar que en la Escritura, la resurrección de Jesús nunca es llamada un milagro, por una razón muy sencilla, porque es demasiado grande para que sea un milagro. Es un cambio radical, total, de verdad hablamos a veces de la resurrección de Lázaro, más correctamente habría que decir del regreso a la vida de Lázaro, porque que yo sepa, no anda por allí, en todo caso nunca lo hemos vuelto a ver, debe haber muerto en algún momento. No es lo que ocurre con lo que llamamos la resurrección, que es la afirmación de la vida y por lo tanto es el corazón mismo del mensaje cristiano que está contra esta situación de pobreza. Para comprender ello les pido volver a tener en cuenta las diferentes dimensiones que mencioné hace un momento. Hoy decía, al comenzar, que hay una conciencia mayor, ya sé que no es suficiente, pero es un comienzo, una conciencia mayor de lo que este hecho cruel significa para tantas personas en nuestro mundo y naturalmente algo que hemos adquirido en este tiempo, ya desde hace un cierto tiempo en verdad, es algo que no estuvo presente claramente en otro tiempo y es que la pobreza tiene causas, causas humanas que son mecanismos de orden social y económico, pero que ciertamente son también categorías mentales. Pensemos en lo que decía hace un momento, sobre el aspecto racial, étnico, el aspecto cultural, son categorías mentales humanas y si la pobreza es el resultado de nuestras manos, como seres humanos el salir de ella también está en nuestras manos.

Si decía que esto no fue muy claro en el pasado, en la historia de la humanidad, y no quiero poner fechas, porque estas cosas avanzan muy lentamente, pero es verdad que hace ya un buen tiempo que la humanidad ha llegado a esa percepción y ello supone un cambio radical porque durante mucho tiempo consideramos la pobreza como un hecho ineluctable, pues unos nacían pobres y otros nacían ricos y eso lo veíamos más o menos como quien ve llover. En realidad todos estamos claros, hoy día, sobre la significación de la pobreza.

No ha habido Papa que haya insistido tanto en las causas de la pobreza como Juan Pablo II. Lo encontramos ya ciertamente algo en Juan XXIII y en Pablo VI, pero ninguno como el Papa actual, hablando de las causas de la pobreza y por lo tanto de las posibilidades de los recursos que tiene la humanidad para poder vencer la pobreza, si es que nos decidimos en conjunto, sobre todo aquellos que tienen situaciones, digamos de mando económico, político social, etc. para poder cambiar esa situación.

Permítanme concluir, es el momento muy breve, simplemente es una conclusión, recordando algo de lo que he dicho ahora, creo que si vemos la pobreza como más o menos me ha sido posible recordar ahora, dentro de una cierta brevedad, creo que tenemos razones seriamente éticas para comprometernos en lo que los Papas llaman también la lucha por la justicia, es decir la eliminación de esta situación inhumana. Sé muy bien, lo sabemos todos, no son cosas que ocurran de la noche a la mañana, eso está muy claro, no es de un día a otro que se cambia esto, pero indudablemente es importante que nos propongamos hacerlo, en lugar de que aumente ese número, que la brecha crezca como decía al comienzo. Y para ello, hay razones de orden ético, de dignidad personal, de respeto a Derechos Humanos y no me refiero únicamente una vez más, perdonen la insistencia, al aspecto económico, pues hablé también de categorías mentales. La Comisión de la Verdad en nuestro país, nos decía hace poco y supongo lo dirá también mucho más explícitamente en el tiempo que viene, que el 75% de las víctimas de esos terribles años de violencia, estas dos últimas décadas en el país, el 75% de las víctimas, repito, son quechua o fueron quechua hablantes, bueno no hay 75% de peruanos quechua hablantes y entonces está muy claro que el peso, el acento ha estado en un sector de nuestra población, ese sector justamente que por razones de orden económico, de orden étnico, de orden cultural, es el de quienes son postergados, son marginados, no cuentan, no tienen peso social, sobre ellos ha caído fundamentalmente la desgracia, como también sucede con las catástrofes naturales, los terremotos por ejemplo o los desbordes de los ríos, que naturalmente afectan a las personas cercanas. Pues bien, basta tener un poquito de paciencia, mirar



un poco lo que sucede y uno se da cuenta perfectamente que las primeras y a veces las únicas víctimas, son los pobres, porque tienen una gran fragilidad física en sus casas, dificultades para encontrar medios para cuidar su salud, etc. Creo que hay una cuestión humana, digamos ética, que podemos compartir con personas de diferentes familias espirituales, que nos lleva a comprometernos en esta perspectiva. Creo también, digamos a modo de segunda conclusión, que en una perspectiva cristiana hay cuestiones fundamentales acá, las que acabo de decir, esto que he llamado éticas, pero naturalmente más que eso todavía, el propio testimonio de Jesús, su preferencia por los últimos y los más débiles, aquello de los últimos serán los primeros, no es solamente una frase bonita o para esgrimirla en alguna circunstancia, debe ser también una conducta. Debemos ser primeros en nuestra solicitud, primeros en nuestro compromiso, primeros en nuestra cercanía a esas personas y cuando uno dice primero, quiere decir normalmente que hay segundos y terceros, sino no valdría la pena decir primero y si yo digo primero, ya estoy poniendo en orden las cosas, pero no estoy eliminando otros sectores; para Jesús los pobres eran los primeros, es decir que todos eran importantes para él, toda persona.

Dios ama a toda persona, nadie está fuera del amor de Dios, si no lo está del amor de Dios en quien creemos, tampoco puede estarlo del nuestro, el amor de Dios es universal, para decirlo con una frase clara, pero eso no se opone a la preferencia por los últimos de la sociedad. Hay una cierta tensión, en el buen sentido, entre universalidad y preferencia, pero de ninguna manera hay contradicción. Cualquiera padre de familia lo sabe muy bien, si tiene 3 ó 4 hijos, los quiere a todos, pero prefiere por un tiempo por lo menos al último, al más débil, porque si no, los demás le dan y entonces hay que protegerlo, eso es todo y la eterna pregunta de la humanidad es que los hijos mayores le dicen a su mamá o a su padre, tú quieres más a mi hermano que a mí y la eterna respuesta del padre o la madre, es no, yo los quiero a todos por igual. Bueno es lo mismo.

Esta circunstancia, esta situación es la que está entre nosotros y sigue siendo muy exigente. Naturalmente en mi segundo punto hablaba más bien de una perspectiva cristiana, y en el tercero, para concluir, creo también que es muy importante que nos demos cuenta de que sólo así podrá la sociedad entera vivir en paz. En el Perú no necesitamos pacificación, necesitamos ante todo paz y no hay paz sin justicia, eso lo conocemos por experiencia y una vez más también esta dicho en cada página de la Biblia. Pero en fin no hay paz sin justicia; la justicia social, el respeto a los derechos de cada uno forma parte de esta convivencia social, o sea si doy esta tercera razón, que naturalmente alude a las dos primeras pero que tiene una especificidad, es porque incluso si pensamos que esta sociedad nuestra, este país nuestro, debe salir adelante pues hay que combatir la pobreza y esto valdrá para todos, es la sociedad entera la que va a sanar, si de alguna manera se logra disminuir lo que describíamos hace un momento como situación de insignificancia social. Si he resumido en estas tres conclusiones, sabiendo que es muy poco frente a lo que hay que decir, es solamente para poder cubrir diferentes ámbitos. Decía que lo podemos compartir con personas que se declaren cristianas o no. En el mundo de hoy, en nuestra diversidad y pluralidad de corrientes, de pensamientos, de familias espirituales, tenemos que saber entenderlo; y si me he permitido también subrayar la palabra cristiana, es porque es personalmente la mía, porque me fue solicitado también el tocarla y lo hago con mucho gusto, pero también quisiera insistir en esta perspectiva nacional, digamos, y esta perspectiva de nuestra sociedad, sin justicia no iremos a ninguna parte. No se trata de intentar ser la voz de los sin voz. Yo valoro mucho a las personas que lo dicen con mucha generosidad y con mucho cariño, yo no tengo tanto interés en ser la voz de los sin voz, mi preocupación es que aquellos que no tienen voz, la tengan, eso es lo que realmente me parece importante, la igualdad entre las personas, es ante el Señor naturalmente y ante nosotros también, eso me parece capital.

Bien no creo haber dicho nada que Uds. no supieran por adelantado, pero les agradezco mucho su atención y su presencia.